

CAPITULO XIX.

ALGUNOS PENSAMIENTOS.

No haré mas que algunas breves reflexiones acerca de esos famosos acontecimientos. Los grandes crímenes, así como las grandes virtudes nos llenan de admiración. Todo célebre acontecimiento agrada á la multitud. Complácese esta en agitarse, andar solícita y ser parte de numerosa concurrencia; no faltaria tal vez hombre honrado que compadeciéndose á su legítimo soberano asesinado por una facción, tendria un disgusto, ó quizás se contemplaria como engañado sino llegaba á realizarse el sacrificio (a). He aquí el motivo de haber alucinado á tantos hombres las revoluciones en que ha perdido la vida algun rey, y de hallar imitadores en las generaciones futuras: niños que han asistido á una tragedia, no pueden reconciliar el sueño sino se pone junto á su almohada el puñal ó la espada de los conspiradores que han visto en el teatro. Por otra parte, toda revolucion trae generalmente en pos de sí alguna leccion provechosa. Los que estan colocados demasiado cerca de la catástrofe, se afectan mas de los males que de las ventajas que resultan de ella; mas en los que se hallan situados á mayor distancia, sucede precisamente lo contrario: los primeros han sido testigos de la realidad, los segundos no han hecho mas que oirla referir. Este el motivo de no haber apenas ejercido influencia sobre su siglo la revolucion de Cromwell en tanto que en nuestros dias ha encontrado tan apasionados imitadores. Eso mismo sucederá tal vez con la revolucion francesa que por mas que se diga, no ejercerá un influjo muy considerable en las generaciones contemporáneas, al paso que andando el tiempo será tal vez causa de un trastorno general en la Europa (b).

chas, y el abdomen saliente: al andar arrastraba una pierna. Su vista era corta, la boca grande, la voz hueca y vulgar, y ademas habia adquirido la costumbre de tener los ojos medio cerrados. Por leves motivos reia á careajadas: su ademán respiraba alegría, pero no la que procede de un espíritu superior, sino aquel cordial bienestar del hombre honrado que de nada tiene que acriminar á su corazón. No le faltaban conocimientos científicos particularmente en geografia y tenia sus debilidades como todos los hombres. Entre otras manías era aficionado á pegar chascos á sus pajes y á espiar á las cinco de la mañana desde las ventanas del palacio á los señores de la corte que salian de sus departamentos. Si en las carceras se interponia alguna persona entre él y la res, le daban arrebatos de cólera, como yo mismo tuve ocasion de experimentar. Cierta dia que hacia mucho calor ocurrió que un antiguo empleado de las caballerizas sintiéndose muy cansado, echó pié á tierra y se recostó á la sombra, quedándose dormido. De allí á poco pasó el rey, y al ver á aquel hombre, tuvo el capricho de despertarlo, se apeó del caballo, y con la mejor intencion del mundo dejó caer sobre el pecho del dormido una piedra bastante pesada. El anciano al despertarse cediendo al impulso del dolor y la ira exclamó: ¡Ah! ¡Bien os conozco en lo que acabais de hacer! ¡siempre tirano, siempre cruel, siendo feroz como en vuestra infancia! A estas palabras añadió otra multitud de injurias. S. M. volvió á montar aceleradamente, medio riéndose y medio incomodado de haber hecho mal á aquel anciano á quien apreciaba mucho, y al soltar la rienda al caballo, se alejó diciendo: ¡Se ha incomodado! Se ha incomodado!

Por mezuquinos que parezcan estos rasgos pintan el carácter mejor que las grandes acciones que generalmente no son mas que virtudes de aparato que por otra parte en nada perjudican el respeto que se debe á la memoria de Luis. La inocencia de sus costumbres, su odio á la tiranía y su amor al pueblo le haran siempre apreciable y digno de elogios por parte del hombre imparcial. Aquel desgraciado monarca demostró con su trágico fin que entre los hombres es mejor cuando no se trata mas que de nuestro interés personal, ser malo que débil.

(a) ¿No es abominable?

(b) ¿Me atreveré á decir que todo este párrafo es digno de una obra mejor que el *Ensayo*? Cuando lo escribí la Francia estaba instituyendo repúblicas por todas partes; mas yo comprendí que no serian de larga duracion; preví las conse-

Pero la mayor diferencia que se echa de ver entre la revolucion de Esparta en tiempo de Azis, la de Inglaterra reinando Carlos I y la de Francia bajo Luis XVI, nace particularmente de los hombres. ¿Quién de nuestros contemporáneos podrá ser comparado con Lisandro, patriota enérgico, íntegro y modelo de las antiguas virtudes? ¿Un Cromwell ocultando bajo un aspecto vulgar todo lo mas grande que hay en la humana naturaleza; profundo, vasto y secreto como un abismo? albergando una ambicion de César en un alma inmensa, demasiado superior para ser comprendida de sus colegas no siendo Hampden que supo penetrarla? ¿Podremos oponerle la sombra de Robespierre meditando crímenes en la cavernosidad de su corazón, y siendo grande por la única razon de no tener ni una sola virtud? ¿Compararemos con el virtuoso Hampden que hubiera figurado como tal hasta en los tiempos del primer Bruto en Roma, aquel Mirabeau que á un mismo tiempo fue legislador, jefe de partido, orador, novelista, historiador, político en una extension sin límites, sabio en el conocimiento del corazón humano, genio el mas eminente, y corazón el mas corrompido de la revolucion? (c)

Quando tales desproporciones se encuentran entre los hombres, deben existir otras mucho mayores entre los tiempos en que vivieron. En otro lugar nos haremos cargo de esta observación; pues el plan que nos hemos propuesto, exige que por ahora retrocedamos al siglo de Alejandro.

CAPITULO XX.

FILIPPO Y ALEJANDRO.

En tanto que Dionisio caía en Siracusa, y Atenas era presa de facciones, se habia encumbrado un tirano en Macedonia. El carácter de Filipo, que así se llamaba el tirano, es demasiado conocido para que yo me entretenga en describirlo: solo diré, que bien puede calificarse de autor de esa política que domina aun en nuestros dias, y cuya esencia consiste en perturbar para recoger, y en corromper para reinar.

En vano Demóstenes le anatematizó con su elocuencia, el rey de Macedonia se rodeó de sombras en tanto que se sintió débil, y se lanzó á la arena así que se creyó con fuerzas suficientes. Los griegos se opusieron entonces á las maquinaciones del tirano; pero ya era tarde: el magnífico edificio que con tanto trabajo y en medio de tantas borrascas habian erigido á la libertad, vino al suelo en las llanuras de Queronea al impulso de dos hombres, cuyo talento volvió á cambiar la faz del universo.

CAPITULO XXI.

SIGLO DE ALEJANDRO.

Si los tiempos de Alejandro se diferencian de los nuestros por lo tocante á la parte histórica, ofrecen sin embargo semejanzas en lo relativo á la moral. Vióse entonces surgir una multitud de filósofos que se atrevieron á dudar de la existencia de Dios, del universo, y de ellos mismos. En ninguna época ha predominado mas el espíritu de indagación. Se escribió sobre todo, se analizó y disecó todo, no quedando mezuquino sistema político, ni sutileza metafísica que no fueran objeto de un minucioso exámen. Los pueblos instruidos por lo tocante á sus derechos, y conociendo todas las especies de gobierno, tenían algo

cuencias remotas de la revolucion y no solo la preví sino que tuve el valor de asegurar que *toda revolucion trae generalmente alguna cosa buena en pos de sí* (N. ED.)

(c) Anteriormente he hecho observar que en este *Ensayo* no se encuentra el nombre de Bonaparte mas que una sola vez, y arrojado como por casualidad juntamente con otros en una nota. Mirabeau tenia genio, pero no un genio eminente. El afirmarlo seria una exageración. (N. ED.)

mas que libros para aprender á ser libres: tenían las tradiciones de sus antepasados, y sus tumbas en los campos de Maraton. Gozaban hasta de formas republicanas, vanos juguetes que la tiranía les dejaba tener, como se deja á los niños tocar las armas de que sus pocas fuerzas no les permiten hacer uso: notable ejemplo que da al traste con nuestros sistemas sobre el efecto de la ilustración (a), demostrando que para llegar á la independencia no basta saber raciocinar eruditamente acerca de la virtud, sino que es preciso amarla; pues una vez perdida su afición, no hay en la tierra moralistas que puedan inspirarla. Los siglos de las luces en todos tiempos, han sido los de la esclavitud; ¿por qué singular prodigio nuestro siglo podia exceptuarse de esa regla general? Las comparaciones entre los filósofos antiguos y modernos que vamos á hacer, pondran al lector en el caso de apreciar hasta qué punto la edad de Alejandro es parecida á la nuestra. Mediante esas comparaciones, podrá

verse, que lejos de haber imaginado nada de nuevo, nos hemos quedado muy atrás, menos en lo relativo á historia natural, de la Grecia, y por último, se podrá observar, que en el momento en que los sofistas atacaron la religion y las ideas que el pueblo tenia, se encontró este amarrado por las cadenas que Filipo le impuso.

En vista de los datos que ofrece la historia, no soy dueño de enfrenar mi temor por los futuros destinos de la Francia (b).

CAPITULO XXII.

FILÓSOFOS GRIEGOS.

Dos sublimes talentos casi contemporáneos fueron los fundadores de los diversos sistemas filosóficos de la Grecia.

Tales fue el padre de la escuela Jónica y Pitágoras el de la Itálica.

HE AQUI EL CUADRO SINÓPTICO DE LAS DOS ESCUELAS FILOSÓFICAS:

ESCUELA JÓNICA.

TALES.

SUS DISCÍPULOS INMEDIATOS:

MAXIMENOS, ANAXÁGORAS, ARQUELAO, SÓCRATES.

De la escuela de Sócrates salieron cinco principales ramificaciones que son las siguientes:

SÓCRATES.

Secta megareuse.	Secta elica.	Secta académica.	Secta cirénica.	Secta cínica.
EUCLIDES.	FEDON.	PLATON.	ARISTIPO.	ANTISTENES.
(Extinguida en breve)	(Extinguida en breve)	(Extinguida en breve)	(Extinguida en breve)	(Extinguida en breve)
Sistema de dialéctica ó sea arte de probar todo y no probar nada.	Pura doctrina de Sócrates: la razon y la moral práctica.	Aristóteles: Secta inmensa de los peripatéticos. (rama de los académicos.) Sistema del encadenamiento de los seres, dialéctica.	Sistema del hacer sensual.	Zenon, gran secta de los estoicos. (rama de los cínicos.) Fortaleza de alma, fatalidad.

ESCUELA ITÁLICA.

PITÁGORAS.

Sus discípulos son poco conocidos hasta Empedocles: en tiempo de este se dividió la escuela en tres sectas:

EMPEDOCLES.

Secta eleática.	Secta epicúrea.	Secta pirrónica.
LEUCIPO, DEMÓCRITO Y OTROS.	EPICURO.	PIRRON.
(Extinguida en breve)	(Extinguida en breve)	(Extinguida en breve)
Sistema de los átomos. Atomismo.	Sus discípulos. Sistema de los átomos perfeccionado. Doctrina de la felicidad.	Sus discípulos. Sistema de duda universal.

(a) Eso no es cierto. En la antigüedad el espíritu humano era joven, si bien los pueblos habian envejecido. Por no haber establecido bien esta distinción se ha querido muy desacertadamente juzgar á las naciones modernas con arreglo á la historia de las antiguas, confundiendo dos sociedades esencial-

mente distintas. Ya he dicho en el Prefacio, y demostrado veinte veces en estas *Notas críticas*, el origen de donde provenia ese error.

(b) El despotismo vino en pos de la república francesa, por consiguiente no era infundado mi temor; pero en todo lo





Descartes (1) resucitó el pirronismo y abrió las cataratas del diluvio de la filosofía moderna. La única verdad, en su concepto, consiste en su famoso argumento, *yo pienso, luego yo existo*. Admitía las ideas innatas, y la existencia de la materia. Explicaba la acción del alma sobre el cuerpo con arreglo á los principios de Platon (2), y en la física es bien conocido su sistema de los torbellinos.

Leibnitz publicó su sistema de las *Mónadas* (unidades) con cuya palabra quiso dar á entender una simple sustancia sin partes, pero que siendo diversa en sus propiedades y relaciones, hace que de sus diversas combinaciones aparentes resulten otras muchas en la unidad. Ese sistema tiene en cierto modo alguna analogía con los *Números* de Pitágoras, y las *Ideas* de Platon. Leibnitz (3) es el autor del cálculo diferencial (\*).

Espinosa (5) es la imagen del ateo por excelencia. Admite una sustancia universal que contiene en sí misma todos los principios de modificación: esa sustancia es Dios. De manera que todo viene de Dios: el muerto y el moribundo, el rico y el pobre, el que sonríe y el que llora, la tierra, los astros, todo pasa y existe en Dios (6).

Locke (7) dejó en su tratado *On human understanding* uno de los más hermosos monumentos del talento del hombre. Sabido es que destruye las ideas innatas; que explica la naturaleza de esas ideas derivándolas de dos fuentes: la reflexión y la sensación (8).

Grocio (9) después de Maquiavelo, Mariana y Bodin (10) fue uno de los primeros que hizo revivir en Europa la política. Su libro *De Jure Belli, et pacis* carece de método y no se contiene en el límite que su título indica. Además todo él estriba en un principio dudoso: la sociabilidad del hombre (a); pero no puede negarsele rasgos de talento y erudición.

Puffendorf (11) desplegó menos talento que Grocio en su tratado *De Jure Naturæ et Gentium*; pero es más instructivo por el excelente plan de la obra. Llegase de la moral á la política (único camino para llegar á la verdad) considerando al hombre en sus relaciones con Dios, consigo mismo y con sus semejantes.

El universal escepticismo de Bayle (12), aparece claramente en sus escritos, pues destruye todos los sistemas conocidos, sin proponer ninguno nuevo (13). A pesar de eso merece con razón ser considerado como el más eminente dialéctico que en ningún tiempo ha existido.

Malebranche (14) dejó un nombre ilustre. Encuétranse en su *Indagación de la Verdad* las dos más extraordinarias opiniones que han cabido en la mente

(1) Nació en 1596 y murió en 1650.

(2) Vide *Princip. Phil., Medit., Phil.; De prima Phil.*

(3) Nació en 1646, vivió 55 años.

(4) Vid. *THEODICEA, Calculus differentialis, etc.* Un monumento literario algo más precioso que la correspondencia de los enciclopedistas es la de Newton, Clarke y Leibnitz por ejemplo, cuando este da parte al primero de su descubrimiento del *calculo diferencial* y Newton consulta su opinión acerca de su *Teoría de las mareas*.

(5) Nació en 1652, murió en 1677.

(6) *Traclat. Theolog. Politic.; Orat. pro Chr., BAYL. SPIN.*

(7) Nació en 1652, murió en 1704.

(8) *Essay ou hum. underst.*

(9) Nació en 1583, murió en 1643.

(10) Sidney escribió de allí á poco tiempo. No hay que confundir este Sidney que escribió un excelente *Tratado de Gobierno* con otro Sidney, autor de la *Academia*.

(a) ¿Me propondría yo negar la sociabilidad del hombre? (N. ED.)

(11) Nació en 1631, murió en 1694.

(12) Nació en 1647, murió en 1706.

(13) *Dict. Resp. ad Provincial Quend.*

(14) Nació en 1638, vivió 77 años.

de un filósofo. Afirma que no es el pensamiento lo que produce el entendimiento, sino que este se deriva inmediatamente de Dios, y que el espíritu humano comunica directamente con la divinidad y en ella lo ve todo (15).

Muy difuso y ageno del propósito de esta obra sería recordar todos aquellos grandes hombres que al mismo tiempo empleaban con ardor su capacidad en el estudio de la *Historia natural*. Copérnico volvió á dar al universo su verdadero sistema (16) perdido desde Pitágoras; Galileo, inventó el telescopio, descubrió los satélites de Júpiter, el anillo de Saturno, etc. (17), y finalmente el inmortal Newton, indicó el camino de los cometas, vió el movimiento de todos los mundos, penetró en el principio de los colores, y, si así puede decirse, robó al mismo Dios el secreto de la naturaleza (18). Todos esos hombres ilustres precedieron á los enciclopedistas de los cuales me voy á ocupar en el siguiente capítulo.

## CAPITULO XXV.

### ENCICLOPEDIAS (19).

Imposible sería entrar en detalles acerca de la filosofía de los enciclopedistas: la mayor parte de ellos han caído en el olvido sin dejar más recuerdo que la revolución francesa (20). Tampoco es fácil tratar de sus libros; ninguno de ellos ha explanado sistemas completos. Solamente vemos por muchas obras de Diderot que admitía el ateísmo puro fundándose en razones de mala ley (21). Voltaire se desentendió enteramente de la metafísica: no hizo más que reír, escribir hermosos versos y destilar inmoralidad. Los que vivieron en tiempos más inmediatos á los nuestros, no son tampoco mucho más fuertes en su modo de raciocinar. Helvecio escribió libros para niños, llenos de sofismas que el más ramplon estudiante podría refutar. Omito hablar de Condillac y de Mably, ni tampoco diré nada acerca de Juan Jacobo, ni Montesquieu, hombres de un temple superior á los enciclopedistas.

¿Cuál fue pues el espíritu de esa secta? La destrucción. Su objeto fue, destruir; su único argumento

(15) *Indagaciones de la verdad.*

(16) *De Orbium celest. revol.*

(17) *VIVIANI, Vit Gal.; Act. Phil.; Sistema cosmicum.*

(18) *Philosophiæ naturalis principia mathematica*. No se sabe á cual de esos tres grandes hombres que acabo de citar, puede tributarse mayor admiración, al ver cual unos en pos de otros se van remontando de maravilla en maravilla. Débense á Galileo las importantes verdades de que el espacio recorrido en la caída de un cuerpo está en razón del cuadrado del tiempo, y que el movimiento de los proyectiles se verifica en sentido de una curva parabólica.\*

(19) Comprendo bajo esta denominación no solo á los verdaderos enciclopedistas, sino hasta los filósofos de nuestros tiempos.

(20) No fueron su única causa, pero sí una de las más poderosas. No provino esta revolución de este ni de aquel hombre determinado, ni de este, ó aquel libro: trajéronla los acontecimientos: era inevitable, y esto es precisamente lo que muchos no quieren acabar de entender. Nació particularmente del progreso de la sociedad hacia las luces y hacia la corrupción, y por eso se notan en ella principios tan excelentes, y consecuencias tan aciagas. Los primeros se derivan de una teoría ilustrada; las segundas nacen de la corrupción de las costumbres. Ese es el verdadero motivo del desarrollo de crímenes ingeridos en un tronco filosófico, y esto es lo que he procurado demostrar en todo el curso de esta obra.\*\*

(21) No puede esto aplicarse á sus escritos en particular; pero sí á su conjunto: en algunas de sus obras es deísta. Cosa difícil es ser consecuente.

\* No puedo olvidarme de mis queridas matemáticas. Por lo menos se ve que había leído antes de escribir. (N. ED.)

\*\* Si algo bueno he escrito en mi vida es indudablemente esta nota. (N. ED.)

destruir. ¿Qué pensaban edificar sobre tantas ruinas? Nada. Impulsados por una especie de frenesí contra las instituciones de su país, que ciertamente no eran de las mejores, no pensaron, ó no se atrevieron á acometer la empresa verdaderamente útil y difícil, que es el construir: empresa que nos debe hacer mirar con recelo á los innovadores. Efecto es de la debilidad humana el que estando las verdades negativas al alcance de todo el mundo, no se revelen las razones positivas más que á los grandes hombres. Cualquiera estúpido os dirá una buena razón en contra de una cosa, pero nunca una en pro.

Proponiéndome hablar en el artículo del Cristianismo de los enciclopedistas, concluiré manifestando que aunque parezca que hablo demasiado severamente acerca de unos sabios, recomendables por muchos conceptos, no por eso dejo de hacer á su mérito la justicia que se merece. Pero dígame imparcialmente: ¿Qué produjeron? ¿Deberé apasionarme á su ateísmo? ¿Eran acaso Newton, Locke, Grocio y Bacon, espíritus débiles ó inferiores al autor de *Santiago el fatalista*, ó al de los *Cuentos de mi primo Vadé*? ¿Serían absolutamente ignorantes en materias de moral, física, metafísica y política? ¿J. J. Rousseau era un espíritu limitado? ¿Pues bien! Todos esos creyeron en el Dios de su patria, y todos predicaron religión y virtud. Otra reflexión desoladora puede también hacerse por otra parte: ¿Lo que los enciclopedistas manifestaban podrá creerse que fuese la opinión íntima de su conciencia? Tal es la vanidad de ciertos hombres, hasta tal punto son débiles, que muchas veces por solo el afán de una triste celebridad afirman lo que se hallan muy distantes de creer (a), sobre todo yo no sé si hay algún hombre que sepa con exactitud el verdadero rumbo que siguen sus pensamientos (b).

Antes de hablar de la influencia que los bellos ingenios del siglo de Alejandro y los del nuestro ejercieron, vamos á presentarlos en un grupo á los ojos del lector, escogiendo los más amables de entre ellos, para poderlos formar una idea de sus obras y de su estilo, y pasar en seguida á la historia de sus costumbres: de este modo formaremos insensiblemente una pequeña historia completa de la filosofía, y de sus adeptos.

## CAPITULO XXVI.

### PLATON, FENELON, J. J. ROUSSEAU.—LA REPÚBLICA DE PLATON, EL TELÉMACO Y EL EMILIO.

Si las gracias del estilo, el calor de la imaginación y una inefable expresión en lo místico y espiritual, parecida al modo de hablar de los ángeles, son las prendas que dan á un escritor el dictado de grande y sublime, Platon puede sin disputa alguna aspirar á ese título. Acaso su manera de decir se parecerá á la del virtuoso arzobispo de Cambrai más que al estilo de Juan Jacobo, pero la analogía entre este y el filósofo griego resalta más por la identidad del asunto que trataron. Vamos á presentar el magnífico grupo de esos tres admirables ingenios, en quienes se encierra todo cuanto hay de amable en la virtud, de grande en el talento y de sensible en el carácter de los hombres.

Platon, en su *República*, Fenelon, en su *Telémaco*, y Juan Jacobo en su *Emilio*, han presentado en su perfección el hombre moral y político.

El primero divide su *República* en tres clases (1): el pueblo ó los artesanos, los guerreros que defienden la patria, y los magistrados que la dirigen. La

(a) Ciertamente. ¿Podrá decirse que yo soy ateo? Millo- nes de ejemplos, podrían citarse de esa deplorable vanidad. (N. ED.)

(b) *Candidez cómica.* (N. ED.)

(1) *PLATON, de Rep., lib. II, pág. 293, etc.*

educación del ciudadano principia desde la cuna. Sin duda sus tiernos padres se apresuran á velar sobre ella? Nada de eso. Transportado el recién nacido á un establecimiento público (2), va á nutrirse con la leche de otra madre: tal vez la suya propia estará sin conocerlo, dando el pecho junto á su cuna, á otro niño.

Así que el ciudadano empieza á entrar en la edad de la adolescencia tiene que invertir todas sus horas en el gimnasio.

El primer objeto en que han de fijarse sus miradas es en el pudor sin velos y allí han de perder las formas de la virgen su misterioso encanto, como una rosa en el polvo de la arena. Su mirada ha de familiarizarse con las gracias en su desnudez, y en su imaginación han de borrarse todos los incentivos de la belleza ideal. Privado de familia, tampoco le es dado tener una querida; y cuando la patria elegirá en su nombre una compañera, tendrá por lo regular que romper sus primeras relaciones para admitir en su lecho nupcial no á una doncella tímida y llena de pudor, sino á una esposa pública para la cual no hay castidad en los besos, ni misterios en el amor.

Si entre aquellos hijos comunes de la patria hay alguno que descollando por lo hermoso de su figura, ó por precoces indicios de talento da lugar á creer que con el tiempo será un grande hombre, se le da una educación aparte de los demás se le instruye en las ciencias, y se le facilita ocasión de distinguirse de la multitud combatiendo en defensa de la patria. A proporción que va avanzando en edad se le confieren los más importantes empleos y se le instruye en las causas secretas de la naturaleza, hasta que por último un filósofo le revela la existencia del ser infinito. De esta manera ha ido aprendiendo el modo de desprenderse de todos los afectos humanos, y como viajero en el mundo intelectual, despojado por decirlo así, de su terrestre cubierta, se asocia á la sabiduría divina, de la cual no es más que una mera sombra la humana. Por último cuando cincuenta años de estudios y meditaciones le han dado una naturaleza superior á la de sus semejantes, vuelve el ciudadano á descender á la tierra para ser uno de los magistrados de la patria.

Tal es el hombre político de Platon. El divino discípulo de Sócrates quería en el delirio de su virtud espiritualizar á los hijos de la tierra, y para hacerlos semejantes á Dios, principiaba oprimiendo al pueblo, creando un cuerpo de genizaros, instituyendo legisladores metafísicos y despojando á los ciudadanos de la piedad de padre, y del amor conyugal, que la naturaleza ha concedido hasta á los mismos tigres que vagan por los desiertos. ¡Comunidad de hijos! ¡Oh blasfemia filosófica! Mil veces más feliz, es en comparación de la mujer de semejante república la triste pordiosera que va en nuestras ciudades mendigando un pedazo de pan de puerta en puerta sosteniendo en sus brazos al hijo de sus entrañas. La sociedad harto cruel la rechaza de su seno; pero la providencial naturaleza la recibe en sus brazos: seguro es que no sentirá la inclemencia del invierno, si entre sus harapos encuentra alguno bastante grande para abrigar al fruto de su corazón. Hasta del hambre que la devora la vereis olvidarse si en su estenuado pecho encuentra sustento para el hijo querido, para aquel tierno niño que con su inocente sonrisa le hace perder la memoria de la miseria que la abruma, y con sus angélicas caricias la recompensa del horrendo abandono á que una sociedad tal vez injusta la ha condenado (3).

El arzobispo de Cambrai comprendió mejor que el

(2) *Id. Ibid., lib. V, pág. 460.*

(3) Algo de esto he dicho en el *Genio del Cristianismo*; pero este pasaje en su totalidad es mejor en esta obra. (N. ED.)